

C. Wright Mills (1916-1952): sociólogo crítico y crítico de la sociología *

Por Manuel MALDONADO DENIS
Profesor de la Universidad de Puerto Rico
Ríos Piedras

Al año de muerto C. Wright Mills, honrar su memoria con unos apuntes breves sobre su obra sociológica es algo más que un intento de rescatar su nombre del lodazal en que lo sumieron hombres movidos por motivos inconfesables propios de la Guerra Fría: su devoción por la verdad y por la justicia, por la libertad y por la razón, su dedicación a saber y a la comprensión del mundo contemporáneo, no pueden enturbiarse por la gestión maledicente de unos cuantos mercaderes de la palabra. No es menester ocuparse aquí de los traficantes en papel, no importa cuán interesante resulte su estudio desde una perspectiva sociológica. Si honramos hoy la memoria de Mills es para intentar darle a su figura el lugar legítimo que le corresponde como uno de los sociólogos que con mayor agudeza y valentía estudió la sociedad contemporánea, al menos dentro de las posibilidades dables a nuestro entendimiento de la ciencia contemporánea. Sus defectos, sus fallas metodológicas, su tendencia a usar la invectiva solapada tras la generalización sociológica, todo ello deberá ser visto a la luz de sus penetrantes atisbos, de sus felices frases y de su sinceridad angustiosa frente a un tiempo que le hizo exclamar —aunque no con las mismas palabras— aquella frase famosa del joven Hamlet:

«The time is out of joint»

Es imperativo ver en Mills al individuo cuya vocación le inclina hacia el estudio de la sociología. La sociología es su “oficio”, su “vocation”, como traduce conjuntamente con Gerth la palabra alemana “Beruf”, en

* Conferencia pronunciada con motivo del homenaje rendido a C. Wright Mills al cumplirse el primer aniversario de su muerte, auspiciada por la Facultad de Ciencias Sociales y pronunciada el 21 de marzo de 1963.

su traducción al inglés de los *Ensayos de Sociología* de Max Weber. Y una vocación, en el sentido weberiano, en el sentido que la palabra tiene, verbigracia, en el monumental estudio de Ernst Troeltsch sobre la enseñanza social de las iglesias cristianas, no es cosa superficial o trivial, no es cosa de poca monta. Aquellos que poseen ese “llamado”, aquellos cuya voz interior les conmina al cumplimiento de una determinada labor, son precisamente los que pueden dedicarse de lleno —con la devoción que ello necesariamente apareja— a cumplir en este mundo la misión que les ha sido encomendada por su dios o su demonio. Para mí no hay duda en cuanto a que Mills cumplió a cabalidad este “llamado”, el “llamado” del sociólogo, que siguiendo la voz que le indica el camino hacia la realización de su gestión en este mundo, rinde la jornada a una temprana edad, legándonos no sólo el resultado de sus investigaciones, sino un ejemplo de cómo proceder en el transcurso de éstas.

Pero la significación de su obra y de su método sólo pueden comprenderse a cabalidad desde la perspectiva de su concepción sobre el papel del sociólogo en la sociedad contemporánea, de lo que él consideraba como la desvirtuación del verdadero sentido que debe ser el norte de toda obra sociológica y, finalmente, de sus propias preferencias —a veces no muy claramente definidas— cuando decide traspasar el umbral que separa al sociólogo del moralista.

C. Wright Mills, huelga recalcarlo, es un sociólogo crítico de la sociedad contemporánea. Una ojeada a sus libros así lo indica. Sus cuatro obras sociológicas principales: *The New Men of Power* (1948); *White Collar* (1953); *The Power Elite* (1956) y *The Sociological Imagination* (1959) —no menciono aquí, aunque tiene importancia en el enfoque sociológico de Mills, su obra escrita conjuntamente con Hans H. Gerth *Character and Social Structure*, porque, a mi juicio, no añade mucho a las obras recién citadas en lo que su enfoque respecta— son un análisis crítico de las uniones obreras y de su liderato, de las clases medias, de las elites militares, políticas y económicas y de las principales escuelas sociológicas dentro de la sociedad norteamericana.

No es por mero capricho, ni por resentimientos mezquinos, ni por ser un “fellow traveller” encubierto que Mills es un sociólogo crítico. Daniel Bell, en *The End of Ideology*, cree encontrar la clave a Mills en la “enajenación” de éste dentro de la sociedad que le tocó vivir. Pero Bell se limita a apuntar hacia lo que él considera como la enfermedad, sin ahondar en las causas de ésta. Porque es que, según Mills, el sociólogo contemporáneo, en cuanto tal —como estudioso del mundo en que vivimos—, es un ser enajenado del mundo que le rodea. La razón de ello ha de buscarse, apunta Wright Mills, en la estructura misma de la sociedad actual y en la misión del sociólogo dentro de ella. Me explico.

Para Mills la enajenación es un rasgo consustancial al hombre contemporáneo y, claro está, es un rasgo ínsito a aquellos hombres contemporáneos cuya preocupación por los problemas de su tiempo les permite una clarividencia que le está negada al hombre corriente ocupado en su quehacer cotidiano. Me refiero a los intelectuales. Y el sociólogo, como intelectual contemporáneo, será un hombre enajenado, plenamente cons-

ciente de esta enajenación, tal y como ésta se manifiesta en su propia persona y la de sus demás congéneres.

La enajenación es, desde luego, concepto de origen hegeliano y marxista. Significa, dentro del esquema de Marx, el extrañamiento, el enajenamiento que el hombre experimenta frente al mundo que lo rodea —ante sí mismo y ante sus semejantes— al ser despojado por el sistema capitalista de aquello que le permitiría la auténtica realización —en el sentido intelectual, moral y estético de la palabra— de lo que constituye su “humanidad”: el producto de su trabajo. Pero para Mills la enajenación no puede limitarse al sistema capitalista, sino que puede manifestarse —como de hecho se manifiesta— en los países socialistas. La diferencia entre Mills y Marx, sin embargo, es más profunda de lo que puede captarse así, “a prima facie”, ya que el sociólogo norteamericano no concibe a la enajenación dialécticamente como el sociólogo alemán. Para Mills la enajenación del hombre moderno es un *estado*, para Marx era un *proceso*. Pero, a pesar de lo dicho, Mills conserva la visión de la enajenación psicológica que es parte integrante del análisis del joven Marx, aunque, desde luego, no puede nunca superar un pesimismo consustancial a un análisis hecho desde una perspectiva que, sin ser marxista, al mismo tiempo pretende criticar a fondo a la sociedad contemporánea.

Refiriéndose al hombre contemporáneo y ubicándonos en el contexto en que hablábamos, Mills escribe sobre el hombre actual en *La Imaginación Sociológica*: “Enajenado de la producción y del trabajo, también está enajenado del consumo y del ocio genuino”. Es aquí donde debe buscarse, añade, el origen del malestar intelectual de nuestro tiempo: “El advenimiento del hombre enajenado y de todos los temas que están detrás de su advenimiento, afectan ahora toda nuestra vida intelectual sería y son la causa de nuestro malestar intelectual inmediato” (*La Imaginación Sociológica*).

(Nótese de paso la referencia a la enajenación del hombre en la esfera del consumo y del ocio. El hombre actual, en los países altamente industrializados, puede consumir más productos que nunca antes y posee un ocio que ayer se reservaban las clases privilegiadas. Al menos en los Estados Unidos el consumo y el ocio de las masas parecen haber alcanzado un desarrollo que les sitúa muy por encima de lo que es dable a los demás países. ¿Cómo entonces la enajenación en lo concerniente a estas dos esferas de la vida social? Mills apunta hacia el control del consumo y del ocio de las masas por medio de mecanismos designados para generar el consumo y para manipular el ocio de éstas. El hombre contemporáneo se halla indefenso ante estos centros que le bombardean con toda clase de estímulos y soporíferos; su tendencia es a recluírse en su propia concha y a aislar al resto del mundo. Pero esto no resuelve el problema de su extrañamiento, de su sensación de vaciedad y de impotencia ante ese mundo amenazante que se yergue frente a él).

Para Mills, es en el señalamiento de las causas de este “malestar” y en la denuncia de los que mantienen erguidas las fuerzas que lo apuntalan, que el sociólogo debe emplearse. Su compromiso ya está dado de antemano por la tradición intelectual del Occidente y por aquel

“pensamiento sociológico clásico” que representaron, en sus mejores momentos, Marx, Weber, Durkheim, Veblen: este compromiso consiste en la defensa de los valores de la libertad y de la razón, y en la devaluación o el descubrimiento de todos aquellos mantos que se tienden sobre las fuerzas que pretenden negar aquéllos. Aquí radica lo que Mills concibe como “la promesa” de las ciencias sociales en el mundo moderno. Según él, no hay evasión posible para el científico social cuando de las proyecciones morales y políticas de su trabajo se trata. Su devoción por los valores ya aludidos —la libertad y la racionalidad y la verdad— es algo de suyo perentorio e insoslayable: para Mills, el auténtico estudioso de la sociedad es, desde luego, un «intelectual comprometido”.

Sin embargo, la actualización de estos valores fundamentales se ve obstruída, en esta “Cuarta Epoca” de la Humanidad (como Mills llama a nuestro tiempo), debido a que los conceptos de libertad y de razón que constituían la piedra de toque del liberalismo y del socialismo están ya caducos. El mundo ha cambiado de tal manera que resulta imperiosa una re-definición de ambos términos. Pues lo que sucede hoy es, que, con la racionalización cada vez mayor que impera en las organizaciones estatales y privadas —señal inequívoca en la culminación de un proceso cada vez más acendrado de burocratización de la sociedad— la racionalidad y la libertad pierden el sentido que estos términos tenían cuando fueron concebidos originalmente por los sociólogos “clásicos”.

(Recuérdense, en este contexto, los ideales de la Ilustración que sirven como norte del pensamiento que Mills denomina “clásico”. Racionalidad y libertad están inextricablemente ligados en esta tradición, puesto que será la razón la destructora de todos los “prejuicios”, de todos los “ídolos” de que hablaba Bacon, de todas aquellas creencias basadas sobre la costumbre, la tradición o la religión que impedían, para citar una vez más a Bacon, el uso del método científico para el «alivio del estado del hombre” (the relief of man's estate). Una vez logrado este proceso de la destrucción, mediante el uso de la razón, de todas aquellas imágenes sostenidas por los grupos poderosos para justificar su dominio sobre los ignorantes, se lograría a cabalidad “el reino del hombre” en este mundo. La libertad, que hasta ese momento había sido el patrimonio de unos pocos, lograría convertirse en la herencia accesible a todos. Llegaría entonces el momento, según ese hijo de la Ilustración que fué Carlos Marx, de que el hombre no sólo propusiese, sino que también dispusiese)¹.

La racionalidad y la libertad, repito, están siendo negadas en la época actual. Mills apela, para ilustrar su tesis, a la distinción que Mannheim establece en su libro *Libertad y Planificación Social* entre “racionalidad funcional” y “racionalidad sustancial”. Consultemos a Mannheim sobre el particular. El sociólogo alemán nos dice lo siguiente: «Entendemos por sustancialmente racional un acto de pensamiento que

¹ Véase, en cuanto a esto, el libro de HANS BARTH, *Verdad e Ideología* (México: Fondo de Cultura Económica, 1951).

revela una visión inteligente de las relaciones que existen entre los hechos en una situación dada". De otra parte, la palabra "racional" tiene un sentido diferente cuando decimos que tal o cual industria ha sido "racionalizada". Mannheim apunta seguidamente hacia los dos criterios que determinan si una serie de acciones es funcionalmente racional o no: (a) si hay una organización funcional con respecto a un objetivo determinado; (b) si hay un cálculo correspondiente cuando se considera desde el punto de vista del observador o de una tercera persona que trata de ajustarse al mismo². Aquí radica la cuestión, según Mills: la "racionalidad sustancial", en el sentido a que aludimos arriba, no ha marchado de la mano con la "racionalidad funcional", sino que ésta amenaza con devorar a aquélla. Todo ello agudiza aún más el problema de la enajenación y acarrea la grave perspectiva de que el hombre contemporáneo se convierta —en un grado cada vez mayor— en lo que Mills felizmente denomina el "robot contento" (the cheerful robot). Esta Cuarta Epoca que vivimos hoy es, por cierto, la época de los «robots contentos». Dicha aseveración es por lo demás válida tanto para el sistema imperante en la Unión Soviética como para el vigente en los Estados Unidos. Lo que presenciamos, afirma Mills, es el recrudescimiento de la tendencia hacia la deshumanización total del hombre, hacia la negación de lo que constituye su verdadero ser. Así la libertad —si la entendemos rectamente como capacidad para la acción creadora— ha degenerado, según nuestro autor, en una pura actitud negativa: es la libertad de dejar hacer a los demás con tal de que ellos me dejen hacer a mí: es la irresponsabilidad ante el mundo que nos circunda, el individualismo llevado al extremo de la apatía y de la indiferencia en sacrificio del bien supremo: el "comfort", el bienestar propio.

Pero la apatía y la indiferencia del hombre contemporáneo —en los países que han alcanzado un alto nivel de bienestar como los Estados Unidos, pues Mills no hace estas generalizaciones extensivas a los países infradesarrollados económicamente— se debe, no a una desidia congénita en lo que concierne a las cuestiones más urgentes que le afectan vitalmente, sino a que no logra relacionar sus problemas personales ("troubles") con las cuestiones públicas ("issues"). En consecuencia no hay articulación de públicos conscientes de las cuestiones más cruciales que pueden afectarles existencialmente, sino una masa o conglomerado de personas que sólo puede vivir sus problemas privados. En *La Elite del Poder*, *La Imaginación Sociológica*, y *Las Causas de la Tercera Guerra Mundial*, Mills, define con claridad el problema. Lo que ha acontecido es que los Estados Unidos han dejado de ser una sociedad compuesta de "públicos", donde la discusión, el diálogo, es el medio principal de comunicación para convertirse en una sociedad "de masas" donde el medio predominante de comunicación son los medios formales de comunicación —«de distracción», como los llama Mills—, convirtiéndose dichos medios en centros manipuladores de símbolos que, al persistir en

² KARL MANNHEIM: *Libertad y Planificación Social* (México: Fondo de Cultura Económica, 1946), págs. 57-58.

su función distractiva, hacen aún más problemática la formación de verdaderos “públicos” dentro de la sociedad norteamericana.

Refiriéndose a la tesis expuesta por David Rieseman en *The Lonely Crow* sobre los “veto groups” —tesis que es una reiteración moderna de la teoría madisoniana sobre el carácter regulador y en última instancia anulador de “las facciones”—, Mills cree que, al contrario, lo que ha acontecido en los Estados Unidos es una concentración del poder económico, militar y político en manos de lo que él llama “la elite del poder”. El libre juego de los grupos que postula la tesis pluralista apunta, sólo funciona en los niveles intermedios de decisión: su verdadera gestión es la de servir como ilustración concreta de que hay —al menos formalmente— una democracia funcionando en los Estados Unidos. Pero la realidad es que la democracia de que se habla en este contexto es una democracia que existe sólo en papel. Quien decide, quien hace las decisiones que tienen “por lo menos consecuencias nacionales”, es una elite compuesta por hombres de educación y de orígenes similares que, ya sea en el ámbito de los ricos corporacionistas, del directorio político, o de los altos militares, tienen intereses comunes. Estos intereses incluyen, según Mills, «el desarrollo de un establecimiento permanente de guerra por una economía incorporada privadamente dentro de un vacío político» (*The Power Elite*, p. 19).

(Es forzoso distinguir aquí esta teoría de Mills de aquellas teorías “elitistas” que se pusieron en boga a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, y cuya expresión sociológica más refinada se encuentra en Mosca, Pareto y Michels. En primer lugar, Mills apunta con toda claridad que él no considera a la “elite” como un fenómeno social que, en todas las épocas, ha constituido un núcleo coherente capaz de forjar todos los acontecimientos históricos. Ni pretende tampoco negar la posibilidad de la democracia —como lo hacen los autores ya citados— por considerar éstos que todo gobierno es, indefectiblemente, gobierno por minorías. Según Mills, lo que verdaderamente distingue a la elite del poder no es que sus componentes estén unidos conscientemente ni que conspiren de consumo, sino más bien la posición estructural misma de ellos como “grandes y poderosos” (the high and the mighty). La combinación de los tres grupos mencionados ya antes —los ricos corporacionistas, el directorio político, y los altos militares— crea de hecho una situación donde estos conciben que sus intereses pueden realizarse mejor si se realizan de consuno. Y así lo han hecho. Los “grandes y poderosos” que tienen los resortes de mando en los Estados Unidos son, en efecto, bajo las circunstancias de la Guerra Fría, un conjunto de hombres que —dada la carencia de un control auténtico desde aquellos niveles que anteriormente ejercían un poder de veto dentro del sistema— pueden actuar con impunidad, más aún, con irresponsabilidad en lo que a sus decisiones políticas se refiere. En esto, y no en otra cosa, es en lo que radica lo que Mills considera como “la más alta inmoralidad” («the higher immorality») de la clase dirigente actual de Norteamérica).

Ya desde *The New Men of Power* (1948), había observado Mills que la oficialidad de los hombres de negocios y los militares se estaban uni-

ficando dentro del marco del estado norteamericano: “Aquellos que monopolizan los medios de producción y aquellos que monopolizan los medios de la violencia tienen muchos intereses en común y cualquier unidad de su parte obviamente amenaza el control democrático del orden político”. Desde aquel entonces veía el establecimiento de una economía de guerra como instrumento económico para sostener al capitalismo, ya captaba la absorción del movimiento obrero dentro de una economía corporativa. En *White Collar* —el mejor de sus libros, a mi juicio— diagnostica y analiza los cambios que se operaron en la sociedad norteamericana desde el siglo pasado hasta el presente, captando con singular penetración la transformación de una sociedad individualista en una sociedad masificada y burocratizada. *The Power Elite* eleva el diagnóstico de la sociedad norteamericana a un nuevo nivel: el de los hombres cuyo inmenso poder —poder al mismo tiempo irresponsable— les sitúa en una posición singular para *hacer* la historia, poniendo en sus manos posibilidades —tanto destructivas como constructivas— con que pocos hombres en la historia de la humanidad hubiesen soñado jamás. La enajenación que acosa al hombre contemporáneo, dentro de este mundo que Mills nos estudia y describe, es lo que plantea con mayor perentoriedad la responsabilidad del científico social —y del intelectual en general— en el mundo contemporáneo. Ese es el tema de la *Imaginación Sociológica* y de *Las Causas de la Tercera Guerra Mundial* —uno de los panfletos que, conjuntamente con *Escucha, Yanqui*—, nos muestran a Mills el moralista, a Mills el indignado.

Lo discutido hasta aquí nos permite puntualizar lo siguiente: Para Mills, los Estados Unidos son una democracia sólo en un sentido formal. Ni el Congreso ni el pueblo norteamericano cuentan para mucho cuando de decisiones políticas realmente cruciales se trata. Pero todo esto debe verse, sin embargo, en el contexto de cómo concibe Mills a la democracia. Veamos lo que tiene él que decir al respecto en “La Imaginación Sociológica”:

“Esencialmente, democracia implica que aquellos vitalmente afectados por cualquier decisión hecha por otros hombres puedan tener una voz efectiva en dicha decisión. Esto a su vez significa que todo el poder para hacer esas decisiones sea legitimado públicamente, y además que los que hacen esas decisiones den cuentas de sus actos públicamente.”

Ninguna de estas condiciones, dice Mills, se da actualmente en los Estados Unidos. La carencia verdadera de los “públicos”, la ausencia de mecanismos para controlar el abuso del poder de la elite, es ya de suyo suficiente para que el sistema norteamericano se acerque, cada vez más peligrosamente, al sistema imperante en la Unión Soviética. Allí también rige los destinos del país una elite del poder y, según Mills, allí también es enorme el poder que se concentra en sus manos. En ambos países el papel de los expertos, de los técnicos, se vuelve más y más importante; la burocratización —tanto en la esfera de lo público como de lo que se llama

privado en Norteamérica— concentra cada vez más el poder de decisión en unas pocas manos. En lo que a esto respecta, la tesis de Mills es similar a la de Erich Fromm (*May man prevail?*) o a las observaciones aún más profundas de Hans Preyer en su *Teoría de la Época Actual* sobre la existencia de los «sistemas secundarios» en el mundo contemporáneo. Para éste, por ejemplo, la creación de los “sistemas secundarios” condena al hombre a adaptarse a ellos —acentuando aún más su enajenación— y ubican asimismo una cantidad de poder en manos de los que tienen los resortes del mando, que les sitúa en una posición prácticamente inexpugnable, abriéndose de esta manera el flanco para el ejercicio de poderes totalitarios.

Y, como la “racionalidad funcional”, dentro de este contexto, oblitera casi totalmente a la “racionalidad sustantiva” (tal y como definimos estos términos siguiendo a Mannheim), y como la enajenación del hombre, su relegación al estado apático e indiferente de “hombre de masa”, no crea las condiciones para una superación de esta condición, compete al científico social —y a la “intelligentsia” en general —denunciar la negación de los valores fundamentales: verdad, libertad y razón, que la época actual acarrea. Es aquí donde entra Mills como crítico de la sociología. Y es aquí también donde vemos de cuerpo entero a Mills el moralista...

II

La “promesa” de las ciencias sociales en esta “Cuarta Época” de la humanidad toma entonces un cariz positivo. Pues la misión de éstas es, como dije antes, la de aclarar la relación existente entre los problemas privados de los individuos (“troubles”) y las cuestiones públicas que afectan dichos problemas (“issues”). En esto consiste “la imaginación sociológica”. El papel educativo y político de las ciencias sociales, escribe Mills, es “ayudar a cultivar y a sostener a públicos e individuos que sean capaces de desarrollar, de vivir con y de actuar sobre definiciones adecuadas de las realidades personales y sociales”. La gestión del estudioso de la sociedad es, por ende, una que sigue en la trayectoria directa fijada por el movimiento intelectual de la Ilustración: la de develar lo encubierto por los intereses que pugnan por entronizarse en el poder, dejando al descubierto sus verdaderas motivaciones. Asimismo, la tarea más inmediata del sociólogo es la de contribuir activamente a desvanecer el exorcismo que los “medios de distracción” ejercen sobre las masas, promoviendo en éstas una conciencia que les permita situarse ante la realidad de su tiempo como «públicos»: su esfuerzo más decidido debe encauzarse por la vía de todas aquellas fuerzas dentro de la sociedad actual que propugnan la auténtica liberación del hombre. Este “compromiso” del científico social implica, por necesidad, que su función es necesariamente radical, ya que pretende sacar a la luz pública los fundamentos institucionales de los males individuales y sociales. La meta del sociólogo es lograr, mediante el uso de la razón, que se expanda la esfera de la libertad en un mundo que intenta negar a ambas. En esto ha fallado lamentablemente la ciencia social norteamericana.

Cualquier persona que haya estudiado las ciencias sociales en Norteamérica —y el que escribe no es una excepción a esta regla ya generalizada en Puerto Rico— comprende inmediatamente el porqué de la virulencia del ataque de Mills a algunas de las escuelas sociológicas imperantes en los Estados Unidos. Claro que, como siempre, notamos en el trasfondo de su ataque a la figura moralista. Pero no puede negarse que su crítica es algo más que un simple ejercicio moralizador: es un ataque de fondo y muy bien fundamentado a lo que él considera una sociología hueca y, aún más, irresponsable en lo que a su misión fundamental se refiere.

El blanco principal del ataque de nuestro autor es Talcott Parsons, cuya "teoría en grande escala" ("Grand Theory") sólo trata de puras abstracciones, sin cobrar contacto con la realidad social misma. En el fondo, el "Grand Theory" parsoniano es como un castillo de naipes que logramos edificar con el mayor de los trabajos: sus cimientos, frágiles; sus espacios, huecos; basta un soplo de aire un poco fuerte para que se venga abajo. Luego, la terminología misma, tan abstrusa, tan incomprensible salvo para el círculo limitado de los "iniciados", es un intento vano de construir en palabras, a menudo incomprensibles, un ambicioso ensamblaje de lugares comunes. Y esta «teoría en grande escala», añade Mills, sólo sirve para entretener a los estudiosos en la persecución de neologismos sociológicos a través de un laberinto interminable que no lleva a sitio alguno que no sea el que conviene a los intereses económicos, militares y políticos que están atrincherados firmemente en los puestos de mando: el cenáculo con ribetes de marfil resulta divertido a la vez que inofensivo para estos

A la inversa del enfoque de Parson están los "voting studies" que son hoy por hoy la ocupación fundamental de un sinnúmero de científicos sociales norteamericanos. Estos, en su interés por ser "empíricos", adolecen de una falla que es en cierto modo la antítesis de la tendencia ya apuntada en el caso de Parsons: el énfasis desmedido sobre estudios de menor escala que contribuyen muy poco a una mejor comprensión de los fenómenos políticos, haciéndose de paso un fetiche de la metodología. Para Mills estos son los "abstracted empiricists" (término que debemos traducir literalmente como "empiristas abstraídos" y no "abstractos"). Ya en *The New Men of Power*, Mills escribió sobre cómo había tratado de evadir en aquel libro, tanto «la trivialización arbitraria que acontece cuando la comprensión es el nivel de la biografía anecdótica como el desprecio estéril por la realidad individual que acontece cuando la comprensión se reduce al resumen estadístico». Aunque no lo diga en los mismos términos, en *La Imaginación Sociológica* Mills embiste contra los "empiristas abstraídos" por ese "desprecio estéril de la realidad individual" que intenta reducir lo humano al resumen estadístico. Porque estos estudios, añade, al perderse en una acumulación excesiva de cifras, sólo pueden presentarnos un fragmento de la realidad, un trozo que, si lo sacamos fuera del contexto histórico-institucional, dentro del cual opera como fenómeno social con un cierto "sentido" para nosotros, no logrará sino obnubilar aún más esa visión de conjunto que es tan indispensable para la cabal comprensión de toda realidad social. Al darle al lugar común legitimidad sociológica por medio de la estadística, los "empiristas abs-

traídos” convierten la metodología en un fin en sí y desvían nuestra atención de los problemas realmente cruciales que afectan a la sociedad contemporánea.

Luego están los estudios de «relaciones humanas» en la industria. Para estos científicos sociales reserva Mills toda la invectiva del moralista, conjuntamente con una penetrante crítica sociológica. Desde luego que la crítica a los estudios de “relaciones humanas”, y el uso que se ha hecho de ellos como arma manipulativa en manos de los industriales, no se origina con Mills. Ya antes que él, en los propios Estados Unidos, había habido críticas al uso y abuso del conocimiento sociológico en esta área de las “relaciones industriales”. Mills lo que hace es volver a la carga con renovado ímpetu al apuntar hacia la ignorancia deliberada de los “expertos” en “relaciones humanas”, cuando de las implicaciones morales de sus acciones se trata. Lo mismo cuando están al servicio del gobierno que cuando están al servicio de la empresa privada, estos son simple y llanamente servidores conscientes de los grupos que hoy detentan el poder en Norteamérica; ellos han abdicado su responsabilidad como hombres pensantes, traicionando de paso la verdadera vocación del intelectual.

Ahora bien, no hay duda de que Mills a menudo exagera en sus críticas de las escuelas sociológicas aludidas. Entre sus defectos es evidente su tendencia a apostrofar, a mofarse de los colegas con quienes está en desacuerdo, a motejar y a usar etiquetas que son suficientes para sulfurar la más gruesa epidermis. Entre sus fallas se cuenta también esa imprecisión terminológica apuntada por críticos como Parsons y Bell, esa impaciencia con la mera recolección de datos que a veces deja el flanco abierto para serios ataques desde la pura perspectiva de lo empírico. No obstante, es bueno recordar que en Mills se dan, en una sola pieza, el moralista y el sociólogo, el profeta que clama en el desierto y el investigador que, como decía su maestro Max Weber, no considera que es la misión del sociólogo llevar el bastón del mariscal en su mochila. *Comprender* a Mills demanda una visión esta, su faz jánica. Y todo ello es, a mi juicio, perfectamente consistente con su concepción sobre el papel del sociólogo en la época actual.

Para Mills lo esencial en el estudio de la sociología es la comprensión de los fenómenos sociales. Esto sólo se logra mediante la habilidad que tenga el investigador social de entrar imaginativamente en una época o momento histórico y de re-crearlo con la mayor fidelidad posible. La imaginación sociológica no será otra cosa que la visión del sociólogo para comprender la relación existente —en un determinado momento histórico— entre la biografía de un individuo, la historia que le sirve como trasfondo, y la estructura social dentro de la cual él se desarrolla. “La imaginación sociológica” va de un factor al otro, estableciendo relaciones entre ellos y logrando intuiciones que una persona guiada por pretensiones científicas no podría lograr. Por eso el estudio de la historia —sobre todo cuando se lleva a cabo mediante un método comparado— es para Mills el modelo del estudio sociológico. Pues sólo el método histórico-comparado nos provee una comprensión adecuada de los factores que entraron en juego en la formación de las instituciones modernas.

La tradición seguida por Mills es, básicamente, la tradición humanista occidental. Lejos de considerar que el modelo de las ciencias sociales deben ser las ciencias naturales, se remite a una operación que la escuela sociológica alemana denominó «*verstehen*», o sea, la “comprensión” o “entendimiento” de las acciones humanas en cuanto éstas tienen un “significado”, una “expresividad” que sólo es dable al hombre y a sus obras. Entrar imaginativamente en un período histórico determinado, la empatía y la simpatía con los hombres de mi propia cultura o de otra ajena a la mía que me permite “comprenderlos”, es dable, por su propia naturaleza, sólo en las ciencias de la conducta humana y no en las ciencias de la naturaleza. La misión del auténtico sociólogo no es la predicción, sino la comprensión de los fenómenos sociales. Por eso, para C. Wright Mills, sociólogo humanista, nada que sea humano le puede parecer extraño. De ahí su oposición irreductible a todas las escuelas sociológicas que pretenden nada menos que “des-humanizar” a los estudios de lo humano, vaciándolos del único contenido que les distingue de los estudios de la naturaleza. Por ende, la «neutralidad ética», cuando de lo humano se trata, resulta para Mills algo más que una mera postura metodológica: es parte de esa inmoralidad —quizás aún peor que la “más alta inmoralidad” de la elite del poder— que hace de “la traición de los intelectuales” tema de mayor actualidad que cuando sirvió como título al libro de Julien Benda.

III

Cuando, en sus últimos años de vida, escribe Mills obras como *Las causas de la Tercera Guerra Mundial* (1958) y *Escucha, Yanqui* (1960), cuando dedica su atención al marxismo y hace lo que es a la vez antología de los más importantes textos marxistas y una crítica de dichos textos; cuando, finalmente, la muerte le sorprende mientras contempla escribir una carta a un intelectual ruso, escrita desde la perspectiva de un radical norteamericano, comprendemos a C. Wright Mills el hombre, el intelectual que agoniza al confrontarse con un mundo como el nuestro, entendemos el sentido de pura urgencia que refleja la obra de sus años posteriores.

The Marxists (1962), como indica Irving Louis Horowitz en su nota para *The American Journal of Sociology*, con motivo de la muerte de Mills, muestra la seria atención que éste le estaba dando al marxismo hacia el final de su vida. Su obra misma indica, sin embargo, que, aunque influenciado por Marx, Mills no fué nunca un marxista. Basta con leer su capítulo dedicado a unas observaciones críticas sobre Marx; su rechazo de la dialéctica como forma de pensamiento y como realidad objetiva; su reiteración de los tipos puros weberianos en torno a conceptos tales como clase, ocupación, status, poder, autoridad, manipulación, burocracia, profesión —expuestos ya como parte integrante de marco conceptual en las notas al capítulo IV de *White Collar*—. Sobre todo esto es cierto en lo que a los conceptos modulares de clase, status y poder respecta. En cuanto a este último concepto, hay que apuntar su rechazo del determinismo económico y su creencia en la interrelación de las instituciones

militares, políticas y económicas, dejándose campo a la investigación empírica —y no al dogmatismo ideológico— la determinación, en cada instancia histórica particular, del peso relativo que cada una de estas instituciones tiene en las decisiones políticas cruciales.

Así, pues, Mills es —si acaso— un “revisionista” de Marx, como bien ha indicado Horowitz en la nota ya citada, pero nunca un marxista en el sentido más cabal del término. Aprovecha, en su crítica de la sociedad contemporánea, todo lo que considera provechoso del marxismo, especialmente lo que concierne a la visión que éste tiene de la enajenación humana. Pero hay conceptos fundamentales del marxismo: la plusvalía, la lucha de clases, la dialéctica materialista, que brillan por su ausencia en la obra de Mills. En el fondo, Mills es un individualista radical dentro de la tradición que este tipo de la tradición, que este tipo de radicalismo, ha tenido en los Estados Unidos. Por eso su obra tiene a veces ese acre sabor pesimista, esa tendencia a apostrofar a “los intereses”, esa visión tan difundida entre la izquierda no-marxista norteamericana que a menudo degenera en el puro “debunking”, en la crítica acerba que echa abajo sin intenciones de construir. Por eso tiene razón —hasta cierto punto— Daniel Bell cuando acusa a Mills de «romántico», o James H. Meisel cuando le imputa a Mills un mensaje “de desesperación y de odio”, donde la elite del poder resulta ser “un mito invertido”, “una fuerza contra la cual no hay defensa alguna”³. Y el propio Meisel añade con profunda penetración, lo que constituye, a mi juicio, el problema esencial de Mills como pensador contemporáneo: “Hay un largo camino de Mill a Mills, escribe Meisel, “pero sólo nos tomó un siglo el recorrerlo.” En el comienzo del camino encontramos a Karl Marx, el matador de dragones de la burguesía, y al final al intelectual burgués que ha visto más allá de Marx y de los anti-Marx, que lo ha visto todo y no tiene adonde ir”⁴.

Este “intelectual burgués” que “lo ha visto todo y no tiene adonde ir” es quizás la mejor ilustración de lo que puede acontecerle a un intelectual en la sociedad contemporánea cuando el mundo se le viene abajo y se le torna en añicos. *Las causas de la Tercera Guerra Mundial* y *Escucha, Yanqui*, son ilustraciones concretas de esta tesitura frente a las alternativas políticas de nuestro tiempo. En el primero, Mills se vuelve contra la elite del poder —tanto de Rusia como de los Estados Unidos— por lo que él considera como una actitud irresponsable frente a la posibilidad de que estalle una guerra termonuclear. Sobre todo deplora la actitud intransigente y ciega de los altos círculos políticos, económicos y militares, que nos están empujando irresponsablemente hacia el holocausto. Pero léanse sus propuestas al final del libro y se encontrará subyacente una cierta fe —no sé si llamarla ingenua— de que lo importante es apelar a los hombres de buena voluntad en ambos bandos de la Guerra Fría para ponerle término. Cómo habrá de acontecer este cambio dada la impermeabilidad de las instituciones mismas que Mills había ya analizado, cómo podrá lograrse un cambio tan radical dentro de la elite del poder

³ JAMES H. MEISEL: *The Myth of the ruling class, Gaetano Mosca and the Elite* (Ann Arbor: The University of Michigan Press. (1958), p. 364.

⁴ *Ibid*, págs. 364-365.

norteamericano sin cambiar primero el sistema económico y político que las sostiene en sus posiciones de mando, es algo que Mills soslaya, limitándose a abogar por una actitud más militante —sobre todo entre los intelectuales— frente a unas estructuras económicas y políticas que, según su propia tesis, son extremadamente poderosas. Por eso resulta difícil de compaginar el optimismo de Mills en lo concerniente a la misión ilustradora de los intelectuales con su pesimismo ante el mundo contemporáneo y sus posibilidades futuras. *Escucha, Yanqui* y el epílogo que Mills hizo para la segunda edición española, publicada por el Fondo de Cultura Económica y titulada “Escucha otra vez, Yanqui”, es otra muestra más de lo ya apuntado. Aquí Mills hace causa común con los revolucionarios cubanos, pero el epílogo de la edición española —escrito después de la invasión de la Bahía de Cochinos— muestra a Mills el indignado, al hombre verdaderamente atormentado por las acciones de su país. Es él, en este libro, el intelectual dolorosamente consciente de que su país no ha cambiado fundamentalmente en cuanto a su postura agresiva y dominadora en el continente americano. Clama, por tanto, Mills, en el desierto, profetiza las peores cosas si no se cambian los cursos de acción ya trillados, pero el lector siente que en el fondo de toda su protesta hay un sordo quejido de impotencia.

En un artículo publicado poco antes de su muerte en la revista norteamericana *Studies on the Left*, Mills creía ver en los intelectuales contemporáneos a los agentes principales del cambio social, toda vez que la clase obrera en los países altamente industrializados —otrotra agencia esperanzadora de vanguardia revolucionaria— es hoy, debido a su aburguesamiento, aliada más bien que opositora de las elites dirigentes. El artículo no es únicamente un diagnóstico de nuestro tiempo; su gran valor reside en lo cabalmente que proyecta el dilema de un intelectual como su autor frente a las alternativas políticas del momento actual. El cinismo —tanto en sus proyecciones prácticas como en su postura filosófica— ha sido siempre producto del desencanto, respuesta del hombre ante un mundo cuyos valores se hallan en un estado de degeneración y corrupción. Hay momentos en que la diferencia entre lo que los hombres profesan y lo que realmente hacen es tan grande que los espíritus de mayor sensibilidad pierden el sentido de la coherencia del mundo, de su estabilidad; son momentos de crisis profunda donde el hombre se siente desnudo cuando la cruda realidad le despoja para siempre de la vestimenta de su inocencia. El cinismo que trasluce el análisis de Mills es indicativo de la respuesta amarga del iconoclasta que “lo ha visto todo y no tiene a dónde ir”. Quizás todo ello se deba al descrédito de las ideologías en el siglo XX, sobre todo después que hemos visto al Stalinismo y a la bomba atómica, a los campos de Dachau y Auschwitz y a la invasión de la Bahía de Cochinos. La perplejidad de un intelectual como Mills ante dos sistemas económicos y políticos que, a su entender, representan sólo dos elites del poder diferentes y antagónicas, su incapacidad para creer en el socialismo (en su versión actual), o en el liberalismo, le confronta —como a otros tantos intelectuales que perciben el mismo problema— con la angustiosa realidad de que no aparece en el

horizonte inmediato ninguna perspectiva de superación de estas alternativas. Mills, en su último libro (*The Marxists*) parece gravitar, a pesar de todo ello, hacia el socialismo. Pero su posición no es del todo clara sobre el particular.

Creo que en su rechazo de la dialéctica como método de pensamiento y como fundamento del acontecer histórico-social encontraremos el por qué no logró nunca Mills superar las alternativas políticas de nuestro tiempo. El no concibe a la etapa actual de enajenación porque atraviesa el hombre moderno como una etapa del desarrollo de la humanidad, que dará paso a su vez a una síntesis superior donde se reconcilien esos elementos que hoy parecen ser irreconciliables: la abundancia y la libertad; la igualdad y la justicia social, dentro de un sistema económico y político que dé a cada cual según sus habilidades. En lo que es hoy ilustración concreta de la negación del hombre, están presentes las posibilidades para su afirmación, pues nunca como hoy se han presentado ante éste mejores perspectivas para el uso potencial de los recursos disponibles en su propio beneficio. La enajenación no es un estado, sino un proceso que apunta hacia su superación. Es quizás inevitable que el hombre contemporáneo pase por este proceso de enajenación para que, al final, pueda percatarse de que la sociedad, como realidad histórica, no es estática, sino dinámica, no se mueve linealmente, sino dialécticamente. Cuando el hombre cobre conciencia de la humanidad como especie, podrá no ya proponer, sino disponer de su destino histórico.

No obstante, esta etapa de la historia de la humanidad, aunque la vislumbremos, no habrá de realizarse en un futuro inmediato. Por ahora el mundo seguirá siendo lo que era para ese intelectual contemporáneo angustiado que fué C. Wright Mills: un mundo "fraccionado", "fragmentado", para usar los términos precisos del Profesor Tierno Galván⁵. De ese mundo hecho añicos, sin esperanza, es que emerge C. Wright Mills con la ira en su palabra y la actitud mefistofélica del "espíritu que siempre niega". Y cuando proyectamos su figura en el mundo actual, vemos la silueta de cuerpo entero del intelectual contemporáneo que se ha trazado la misión siempre ingrata de dar testimonio de su tiempo.

⁵ ENRIQUE TIERNO GALVÁN: *Desde el espectáculo a la trivillización* (Madrid: Editorial Taurus, 1961), capítulo V.